Zombie Boy 06/09/2013

Liuba Kogan

Investigadora de la Universidad del Pacífico

Los rostros y las cabezas tatuadas me inquietan. Y lo hacen porque de algún modo borran la cara que se heredó al nacer. En ese sentido, tatuarse la cara es adquirir un nuevo rostro; incluso volverse otro sujeto. Tan importante es nuestra cara para mostrar quiénes somos que una forma usual para esconder la identidad de alguien es borronear su rostro. Por ejemplo, los viejos textos de medicina colocaban un rectángulo negro sobre los ojos del sujeto desnudo y en la televisión se ‘pixelea’ la cara para así ocultar la identidad de una persona.

Dos formas de tatuar la cara son reveladoras de las opciones humanas: una evidencia la libertad de adquirir el rostro que se quiere como acto individual y la otra representa la libertad de entregar el rostro a un colectivo como un acto de lealtad.

Van dos ejemplos para graficar esos actos de libertad que consisten en cambiar de rostro para transformar la propia vida.

El primero es una pieza de publicidad televisiva de una empresa productora de cremas para cubrir marcas en la piel. El comercial nos muestra a un simpático joven con un hermoso torso desnudo que empieza a restregar su piel con una pequeña toalla para sacar la crema que cubre su cara y cuerpo.

Nos sorprende porque lo que vemos finalmente es que toda su anatomía se encuentra tatuada. Zombie Boy es el sobrenombre de este joven ‘performer’ y modelo canadiense tatuado por completo como una calavera.

Aterroriza la inversión de situaciones que logra Zombie Boy al colocar un esqueleto fuera del cuerpo, porque cuestiona el rol que juega nuestra piel como frontera entre nuestro interior y el mundo.

Zombie Boy construye otra identidad, traza otro cuerpo de manera provocadora, y al hacerlo consigue finalmente que lo veamos como el sujeto que quiere ser.

El segundo ejemplo proviene del portafolio fotográfico de Isabel Muñoz, quien retrató a jóvenes salvadoreños pertenecientes a diferentes maras o pandillas que sobreviven en las cárceles.

Los jóvenes de las maras en El Salvador se tatúan la cara, el cuero cabelludo, las manos y otras partes visibles del cuerpo con lemas que hacen alusión a los grupos pandilleros a los que pertenecen. Cubrirse completamente con símbolos alusivos a las maras implica una lealtad total para con el grupo, pues es prácticamente imposible borrar o esconder la dependencia a la pandilla.

Quien tatúa su rostro se entrega para siempre: la mara vive en él y él es la mara. Al parecer, estos jóvenes no creerían tener otro tipo de vida posible, por lo que entregarse al grupo cediendo su cuerpo les resultaría coherente.

Zombie Boy es un ser único que ha inventado una identidad extraordinaria para sí mismo. Los pandilleros de las maras, en cambio, han decidido entregar su identidad, borrando toda su individualidad. Lo sorprendente es que hoy nuestro rostro no es nuestro destino.